

Azucenas, lirios y amapolas

Breve confesión de un crimen

JAVIER LAZA

Primera edición: octubre, 2020

© Javier Laza, 2020

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Dicen por ahí que, poco antes de morir su marido, Linette Lao se hizo un tatuaje en el muslo izquierdo, muy cerquita de la cadera, que representaba una pistola enfundada. Los trazos eran sutiles, en realidad, un tanto ambiguos. Por eso hay vecinos que afirman «lo de la pistola es una bobería, una silueta puede parecer un sombrero y, al mismo tiempo, un elefante en la panza de una serpiente». Pero el único que podía opinar al respecto era Ricardo. Sin embargo, no quería. No se atrevía a decir mu.

Ricardo era el panadero del pueblo. Estaba casado con una mujer inteligentísima, tanto que había quitado el hipo a científicos de tres y hasta cuatro países. Tenían dos niños preciosos, de nueve y once años, de mejillas blandurrias como cuatro mochos. Ricardo era esa clase de persona a la que apetece saludar. Te recibía con una sonrisa modesta, nada exagerada, nada artificial, y su mirada, en absoluto soberbia a pesar de descender de las alturas, considerables alturas, se te clavaba en los ojos y parecía desnudarte el alma. Puede uno pensar, a partir de esta descripción, que en esa panadería te sentías expuesto, que te sumabas al conjunto de *baguettes*, flautines, chapatas, can-deales, panes de viena, de payés, gallegas y hogazas y Ricardo imprimía una etiqueta con tu nombre y tus cualidades, y ahí quedaba la verdad sobre ti. Muy al contrario, esos ojos afilados te desentrañaban sin juicios, eran los de un observador a quien poco le importa lo que hayas hecho y lo que te imagines haciendo, te sentías comprendido en tus defectos, al fin podías compartir tu oscuridad. Por esto, visitarlo en invierno era fantástico, porque en esas fechas la soledad enfría, y gracias a él volvías a casa con las manos y el corazón calientes. Un abrazo de Ricardo debía de ser lo más codiciado del pueblo.

El relato que me dispongo a contar es mucho menos agradable que Ricardo. Empieza con la muerte del marido de Linette, una mañana de domingo de la primavera de 2098. El pobre hombre regaba un jardín de azucenas, lirios y amapolas, principalmente, y no

era casual que el jardín estuviera rodeando su propia casa. Recortada en una ventana del segundo piso, se podía ver la inconfundible silueta de Linette, quien sin duda observaba a su marido con suficiencia y un pellizco de desprecio. «¿Cómo puede un hombre tan estúpido haberse hecho tan rico?», pensaba Linette. Si al menos fuese ambicioso, si tuviera el valor de aplastar a la competencia, si tuviera algo de despiadado, podría entenderlo, podría incluso quererlo un poco. Pero, a ojos de Linette, era un hombre débil y amanerado y poco inteligente. Hablaba de su éxito como hablan esos motivadores que venden humo, esos propulsores de sueños. Esa actitud, tan positiva, tan inquebrantable, le daba asco. Pero ahí lo tenía, regando las flores como si las flores tuvieran alguna importancia. Debía de creerse mejor persona por comprender su belleza y protegerla de la sequía. Y sin duda era una muy buena persona, hecho que sacaba de quicio a Linette.

El señor Hernández murió tendido entre lirios, azucenas y amapolas. Tintó de rojo oscuro las flores blancas y, muy sutilmente, las rojas. En su cráneo quedó un agujero limpio y muy fino que entraba por el frontal y salía por el occipital. Quien encontró su cadáver dijo haber visto una flor reposando en su frente, y, aunque no mentía, si hubiera sido más observador y un poco menos pusilánime, habría descubierto que el cráneo hacía de jarrón, que la flor seguía unida a su tallo y éste era tan largo que salía por los dos lados. Los primeros agentes en llegar no estaban acostumbrados a esa clase de delitos. Uno de ellos vomitó en las flores y el otro, ateo convencido, exclamó «Dios santo, qué es esto». Linette pensó que exageraban, pero celebró la reacción del primer policía:

—Le agradezco que haya vomitado usted en las flores. Un ser vivo intacto es la representación más exacta del mal. Hay que ser cruel para alzarse tan radiante, ¿no cree? Como si la mierda de este mundo no fuera con ellas. Sólo algo verdaderamente demoníaco puede ser tan inmune al dolor como las flores, porque el dolor es nuestro sino. Pues sabed una cosa, flores: aquí tenéis lo que merecéis.

—¿Qué es lo que merecen? —preguntó el agente ateo.

—Un chorrito de bilis de las fuerzas de seguridad —respondió ella.

Y, en cuanto Linette empezó a reír sin control, el agente ateo, a pesar de no encargarse de esa investigación ni de ninguna otra, apuntó en una libretita de aspirante a detective: «Ha sido la mujer».

A la morgue no quiso ir Linette Lao porque ya había reconocido el cuerpo en el momento de asesinarlo. De haber ido, sin duda habría pensado en el sistema de climatización del depósito de cadáveres, tan exento de las elevadas temperaturas del mundo exterior, tan invulnerable. Si algo llamaba la atención a Linette, en ese mundo para ella vacío de contenido, era la aerotermia, que representaba la victoria del ser humano frente a la Madre Naturaleza. Ahí estaban: veinticuatro cadáveres perfectamente conservados, sólo en parte gracias a las cámaras frigoríficas. Ahí estaba una sala aséptica y fría; los cadáveres burlándose de la muerte y los vivos jugueteando con ella para descubrir su causa. Un escenario idílico para Linette. Como decíamos, si no estaba allí se debe a que era la asesina, y el médico forense identificaba en el cráneo del señor Hernández un disparo de bala limpio y perfecto, poco más grueso que una aguja. ¿Cómo era eso posible, aun a finales del siglo XXI? Al forense sólo se le ocurría una verdad que hasta entonces no había sido para él nada más que objeto de la rumorología, opción del todo descartada por el método científico. A esas alturas de su carrera, ¿de verdad iba a poner en duda la ciencia? Tal vez sí.

Quien no ponía en duda su metodología era Ricardo. Amasaba con mano firme y, sin saberlo, de repente se había convertido en objetivo sexual de una mujer peligrosa, tan peligrosa que acababa de enviudarse a sí misma.

La primera visita se la hizo el cinco de mayo de 2098, último día de la nueva primavera. Linette se personó en la panadería con un vestido escotado y largo. Una apertura en el lado izquierdo le permitía a Linette hacer gala de esa misma pierna, que era blanca como la nieve y de vello grueso y rizado, una tentación para toda persona atraída por su género. El vestido, tradicionalmente japonés, era negro con estampado de flores blancas, de transparencia suficiente para dejar intuir un tanga también blanco. Por supuesto, no llevaba sujetador, no era creyente, y estaba dispuesta a exhibir el famoso tatuaje, aunque sólo para deleite de Ricardo.

—Debes de ser el último romántico que continúa con la tradición panadera, Ricardo —dijo Linette con falsa amabilidad y sincera sensualidad, mientras accedía al espacio privado del panadero.

—Yo no diría tanto, Linette.

A ese lado del mostrador, la temperatura era muy distinta. ¿Cómo un hombre tan grande y barbudo podía soportar el calor de esos hornos? Ahí faltaba un buen sistema de climatización. Linette Lao lo pensaba justo antes de imaginar a Ricardo tendido en una fría camilla de metal, desnudo, inerte, pálido. ¿Necrofilia? No, se trataba de algo muy distinto.

—Tú siempre tan modesto. Un hombre de tu tamaño debería ir por el mundo pisando fuerte. —Linette le acarició el brazo con la afilada uña del dedo índice. Él retrocedió sin prisa—. ¿Quieres hacer pan? Pues haz pan, Ricardo, para eso tienes estas manos grandes y varoniles. Pero no es justo que sólo las disfruten tu mujer y el trigo.

Ricardo echó a reír y sonó poderoso y desenfadado, esa carcajada no sonó a nada distinto de la bondad. A Linette le molestó muchísimo, pero supo disimularlo.

—¿Te parezco graciosa?

—Un tanto.

Ricardo empezaba a sudar y no era por culpa de los hornos.

—Y ¿qué más te parezco?

—Demasiado atrevida.

—Entonces lo dejaremos por hoy, no me gusta asustar a mis presas.

Ricardo empezaba a olerse la tostada. Todavía tenía dudas acerca de qué motivaba a Linette Lao a comportarse de esa manera, pero una cosa era segura: esas provocaciones no eran más que el principio de algo siniestro. Antes de irse, Linette añadió:

—Prefiero convertirlos en depredadores. Si tengo suerte, a la próxima acabarás por devorarme en la trastienda.

Rodeó el mostrador y se fue sin decir nada más, sin llevarse una barra de pan o un hasta luego. Ricardo examinó esa despedida, de arriba abajo, y luego se censuró por ello. Y por la noche se lo contó a su mujer, que era tan inteligente que resumió en una palabra lo que Ricardo ya venía sospechando: corrupción.

Linette, a pesar de que comía sin acompañamiento y, en parte, porque cenaba sin compañía, volvió a visitar a Ricardo en menos de una semana. Esa vez, sin decir nada más que «el otro día se me olvidó hacer esto», le enseñó sin pudor el famoso tatuaje. En ese momento también estaba en la panadería la señora Puigmartí, cuyos ojos a punto estuvieron de salirse de las órbitas cuando Linette se subió la falda por el lado izquierdo. La señora, porque estaba al otro lado, no vio ni el tatuaje ni las braguitas rosas con bordados, pero sí vio indecencia, promiscuidad, a pesar de ser una señora de finales del siglo XXI. Al principio, Ricardo no le dio mucha importancia, pero, más tarde, durante el solitario y silencioso proceso de amasar pan, pensó que lo que había visto era el dibujo de una pistola. ¿Y si no era una segunda provocación? ¿Y si en realidad acababa de recibir una amenaza de muerte? Y al instante se compadeció del pobre Hernández, y se asustó un poco.

Por la noche se lo contó a su mujer, y ella, que era tan inteligente y científica, lo resolvió con una elegante ecuación: amenaza y provocación son la misma cosa, cariño.

En paralelo, el médico forense, víctima de la confusión y de esa cadena de rumores que circulaban por el pueblo y los pueblos colindantes, todos acerca de tatuajes que superaban los límites de la imaginación, interrogaba a gentes de los bajos fondos. Y los dos agentes, el que había vomitado en las flores y el ateo con libreta, cotilleaban por el pueblo, lo que era su modo de investigar a pesar de que no fueran los encargados de la investigación.

—Por lo que tengo escuchado —les decía la señora Puigmartí—, esa mujer es de armas tomar. Se casó con el más bueno del pueblo para darle vidilla. Ya me entienden.

—Y paradójicamente acabó matándolo —dijo el ateo.

—Y luego está lo que le hizo el otro día al grandullón. Andaba yo comprando el pan cuando...

—Sí, señora Puigmartí, eso ya nos lo ha contado cuatro veces —dijo el que había vomitado en las flores.

Luego dieron largas a la señora, se alejaron un poco y se pusieron a comentar la jugada.

—Me da a mí —empezó el ateo— que la clave está en lo que nos dijo Linette el día del crimen, cuando lo echaste todo.

—No me lo recuerdes, por favor.

—No, en serio. Dijo algo de la pureza de las flores.

Al mismo tiempo, en los bajos fondos, al forense le confirmaron que había un nuevo tipo de tatuaje que, con inexplicable tecnología puntera, se convertía en un arma real que podía pasar controles de aeropuertos y de toda clase.

—¿De dónde has sacado esta información? —preguntó el forense.

—Es confidencial —dijo alguien de los bajos fondos.

—Deberías saber que soy forense.

—¿Y qué?

—Eso significa que prefiero tratar con los muertos. Así que sólo te daré una oportunidad: dime todo lo que sabes.

Entonces el interrogado se bajó los pantalones, literalmente. Dejó a la vista, en el cuádriceps derecho, el tatuaje de un cuchillo. Y con velocidad asombrosa, como haciendo un truco de magia, se sacó un cuchillo de la pierna y lo acercó al cuello del forense.

—¿Qué quieres saber? —dijo con chulería el individuo.

Pero el médico no se dejó intimidar.

—¿Qué tecnología es esta?

—Ya te he dicho que es inexplicable

Fuera como fuese, el forense volvió a casa conservando la integridad de su cuello; no se unió a los veinticuatro ejemplares de la morgue local.

Entre todos habían resuelto el caso. Pero el caso es que no había ni pruebas ni testigos ni ciencia que no pareciera ficción. ¿Cómo llevar a Linette Lao a los tribunales?

Ricardo sólo quería amasar pan en solitario y Linette seguía visitándolo, cada día con mayor ímpetu seductor, hasta que por fin el panadero decidió contratacar:

—¿Qué te mueve a hacer esto, Linette?

—Ya lo sabes —respondió juguetona.

—No, no lo sé. Lo intuyo, pero no lo sé.

—Y ¿qué intuyes?

—Intuyo que te molesta la bondad. Que de hecho odias la bondad porque estás tan alejada de ella que te parece impensable. Intuyo que sólo te casaste con Hernández para corromperlo y, al ver que no lo conseguías, frustrada y amargada, lo mataste.

—¿Qué te hace pensar que tú eres la bondad?

—Yo no he dicho eso. En cualquier caso, ya me entiendes. No soy la bondad, pero al menos me gusta considerarme buena persona.

—¿Me estás diciendo que eres incorruptible?

—No.

—¿Yo podría llegar a corromperte?

—Tampoco.

Entonces llegó a su fin la farsa de Linette; empezaba a estar cansada.

—Has dado en el clavo, Ricardo, como siempre. Me asquea tu bondad y no puedo tolerarla tan cerca. Sólo tengo dos opciones: corromper tu espíritu o corromper tu cuerpo. Elige.

Ricardo no sabía si le estaba tomando el pelo. Al final respondió:

—¿Puedo pensarlo?

—Faltaría más.

—Entonces vuelve mañana.

A la mañana siguiente, Ricardo, los dos agentes y el médico forense esperaban a Linette en la panadería. El forense estaba escondido en un frigorífico. El agente ateo se ocultaba debajo del mostrador y el otro detrás de los hornos. La trampa estaba lista.

Linette iba más provocativa que nunca: por primera vez en su vida, vestía de luto. Y el negro contrastaba con la palidez de su rostro y hacía juego con la oscuridad de sus ojos. Cuando abrió la puerta, la campanilla de bienvenida tembló más de lo habitual,

y el tintineo hizo palpable que se respiraba un silencio extraño. «Este silencio me hace pensar que aquí hay más gente de lo que parece», pensó Linette. Y luego dijo:

—Bueno, entonces ¿cuál es tu elección?

—La corrupción de mi cuerpo —dijo Ricardo sin titubear.

—Así sea.

Linette coló la mano izquierda por debajo de la falda y, al sacarla, con los dedos índice y anular apuntó a Ricardo, quien rápidamente gritó «¡espera!».

El primero en reaccionar a la señal fue el agente ateo. Se oyó un fuerte golpe en el tablero del mostrador y, con expresión de dolor, enseguida se mostró el hombre, pistola en mano; con la otra se frotaba la cabeza.

—¡Policía! —gritó.

Y a toda prisa aparecieron los otros.

Todos apuntaban a Linette, y ella, que todavía señalaba a Ricardo, dijo:

—Menudo despliegue.

Y levantó las manos y, por supuesto, allí no había más que dedos. Entonces rio con tanta fuerza que los cuatro hombres se sintieron ridículos. Pero el ateo estaba decidido; tembloroso y decidido:

—Queda detenida, señorita.

—¿De qué se me acusa?

El agente dudó y, con gesto estúpido y resuelto, dijo:

—De amenazar al panadero.

Cuando Linette salió de la panadería, todavía riendo, ninguno se atrevió a detenerla. ¿Qué tenía de raro que alguien amenazara a un panadero? Al propio Ricardo, por ejemplo, nada menos que la señora Puigmartí le había alzado una baguette por encima del hombro al grito de «esto no está crujiente».

Esa misma noche, el forense retomó la ciencia y renunció a la parte ficticia, sin saber hasta qué punto se equivocaba. Los agentes tardaron en dormirse; seguían excitados por la acción de la jornada. Y Ricardo, aún con miedo en el cuerpo y con el imborrable recuerdo de la humillación, se lo contó a su mujer. Ella le preguntó:

—¿Y por qué te veo tan apagado?

—Porque hemos perdido.

—Al contrario, cariño. Habéis ganado vosotros. Sigues siendo igual de bueno y estando igual de vivo.

Ricardo lo pensó mejor. Besó a su mujer y con una sonrisa fue a arropar a los niños.

Era un magnífico día de verano. Linette cerró todas las persianas de la antigua casa de Hernández porque el jardín seguía radiante. Encendió el aire acondicionado y a oscuras se tumbó en el sofá. Enseguida le vino a la mente Ricardo, y los miles de hombres, mujeres y niños que debían de ser como él. Y pensó en el futuro que esa gente podía construir. Y le dio un escalofrío que nada tenía que ver con ese estupendo sistema de climatización.

¿Qué sería de su futuro? ¿Encontraría a alguien tan bueno como Ricardo? ¿Conocería a alguien tan fácil de matar como el endeble de su marido? Estas preguntas la angustiaban porque la incertidumbre siempre le ofrecía la misma imagen: lirios, azucenas y amapolas.